

adornadas con varios cuadros que representaban diversas batallas ganadas por los franceses, y ni una que hubieran perdido: en todos los cuadros estaba repetida hasta el fastidio una figura redonda y "chaparra," con levitón blanco y sombrero de tres vientos, de aire fanfarrón y con pretensiones de fantástico: ya se deja entender que este hombre era el italiano Napoleón. No había papirote dado por los franceses que no estuviera pintado allí; pero no lo estaban las muchas batallas en que han corrido vilmente; no lo estaban tampoco los hechos escandalosos y sin ejemplo que han hecho temblar de indignación al mundo, y que para perpetuo monumento de la degradación humana, nos los presenta la historia de su sangrienta revolución y la de sus efímeras conquistas.

Observábase con sentimiento que aquel italiano, opresor y asesino de la humanidad, aparecía retratado en todas partes, hasta en los floreros y sofás, y reproducido en algunas de las estatuas de porcelana. No se veía un sólo retrato de un artista, ni tampoco pintada una de las grandes hazañas de los padres de la libertad: verdad es que el lugar donde un conquistador estaba en primer término, era indigno de contener á Guatimocztin, Avila, Padilla, Guillermo Tell, etc.

Mas ¿qué mucho que en aquella sala se vieran tales figuras, cuando semejantes ma-

marrachos franceses habían sustituido á hermosas copias de Murillo y de Velázquez, y á bellos originales de los mexicanos Cabrera y Juárez? Esto no es de extrañarse cuando el público se encanta viendo jugar al trompo al insulso "Pilluelo de París," y se siente acometido de calentura catarral al ver salir al rey D. Pedro en el "Rico—hombre de Alcalá," y á Pedro Crespo en el "Alcalde de Zalamea."

La casa de D. Santiago estuvo en otro tiempo amueblada de otra manera, si no con tantos relumbrones, á lo menos con gracia y comodidad; pero bajo la influencia del francés Le Braconier, la habían transformado según la descripción que hemos pretendido hacer. Así es como por frívolas baratijas entregamos nuestro oro á los franceses para que ellos á voz en grito nos llamen bárbaros y ladrones, sin distinguir sexo ni condición, y hemos logrado de este modo hacer por fin el papel del necio en el apólogo del "cuervo y el zorro."

Temblaba el joven de piés á cabeza al encontrarse delante de la numerosa reunión que ocupaba el estrado de la sala; y mucho más le abandonaron sus fuerzas cuando una voz ronca y desabrida le gritó:

—Mande vd.

—Deseaba ver al Sr. D. Santiago... (y después de recorrer con timidez la sala, continuó á media voz) Ursua.

—¿D. Santiago qué? preguntó la misma

voz; si es mi hermano Santiago, no está en casa.

Y el joven respiró lleno de confianza:

—Precisamente al señor su hermano de vd. busco, á D. Santiago de Ursua.

—Pues no está en casa.

—Si vd. tuviera la bondad de permitirme que le esperara....

—Espérele vd. en hora buena.

Y no volvió á parar la atención en el pobre joven, que en vano esperó gran tiempo á que alguno le ofreciera que se sentase. Su timidez se fué convirtiendo en ira, al ver que se le trataba con tanto desprecio, y murmurando entre dientes algunas palabras de descontento, se adelantó marcialmente y se asentó junto á la puerta de uno de los balcones, quedando medio cubierto con la cortina. Su intención parecía la de escuchar lo que hablaban los que estaban hacia la parte de afuera, recargados en la baranda; pero su afán fué inútil, porque nada se les percibía.

La procesión empezó á pasar, y toda la gente se agolpó á los balcones.

—Ahí va el canónigo Fulano, decían unos.

—Mire vd. al ministro Zutano, decían otros.

—¡Qué bien le sienta el vestido de regidor á Chito! exclamó una niña, poniéndose encendida.

—¡Qué serio va Fr. Sebastián de las Cinco Llagas! decía una vieja.

—¿Y qué me dicen vds. del Sr. Dr. D. Tadeo Antaño?

—¿Adónde va?

—Allí.

—No lo veo.

—Por entre aquel pelotón de gente.

—A ver el anteojo: sí, ya lo descubro....

¡Oh!....

—Aquí viene D. Santiago: ya nos está mirando....

—Ya se ríe.

—Ya le habla al que está á su lado....

¿Quién es?

—Don.... mire vd.... don.... se llama.... yo le conozco mucho.

—Ya se rascó la cabeza.

—Y se limpia el sudor. ¡Pobrecito!

—Adiós, excelentísimo señor.

—Adiós, señor doctor.

—Adiós, señor licenciado.

—Adiós, señor secretario.

—Adiós, señor general.

Y los adioses se prolongaban. Los saludos eran á media voz y no podían llegar á oídos de las personas saludadas; pero las manos, los pañuelos y las sonrisas estaban en continuo ejercicio, porque cada uno quería dar á entender que tenía amistades entre la aristocracia de nuestra democrática república. Después de la procesión se siguieron los comentarios sobre los oficiales

que conducían á la tropa y sobre la tropa misma, y concluyó el drama por saludar á diestra y á siniestra á los que venían en los coches, exceptuando por supuesto á los de "providencia" ó sean simones, porque á éstos como andan despacio, nadie los ve.

Algunas visitas se fueron, despidiéndose cada cual por espacio de un cuarto de hora en la puerta de la escalera: hubo muchos abrazos y gritería; al fin todo se calmó y los que quedaron en la sala se fueron aproximando á la pieza siguiente, donde un magnífico refresco los esperaba.

D. Julián quedó solo: nadie hizo alto en él, porque los pobres andan envueltos siempre en una espesa nube que los oculta á todas las miradas; y además, pocas veces los grandes se acuerdan de ellos aun cuando los lleguen á descubrir con un lente mágico ó con un microscopio.

Pasado habían dos horas por lo bajo, cuando se abrió una vidriera y se dejó ver una joven de regular estatura, de proporciones delgadas, pero esbeltas y hermosas; rostro algo moreno, melancólico é ideal; ojos grandes y negros que continuamente se dirigían al cielo como buscando la divinidad; cabellera, negra también, atada con gracia y sin afectación: en fin, todo en ella indicaba que era hija del ardiente suelo de México. El vestido negro que cubría á la joven la daba aún mayor interés, que se aumentaba con su aire de dulce melanco-

lia, capaz de entusiasmar el corazón más empedernido y frío.

Se adelantaba la joven Isabel al piano con intención de tocar, pero se sorprendió al ver á un hombre delante de sí; quiso retroceder, y se encontró detenida por D. Julián, que le habló luego de esta manera.

—Me he expuesto al ridículo por ver á vd., y es preciso que me escuche. Un año ha que la sigo á todas partes: un año que me ha parecido un siglo. ¿Por qué me hizo Dios tan infeliz? Vd. me ha visto repetidas veces, vd. ha notado que la miraba, y quizá se reía de mí y me despreciaba. Yo en tanto padecía en silencio porque no tengo riquezas; pero estoy desesperado, y quiero que vd. sepa que la amo, que la adoro, que vive vd. eternamente en mi corazón y en mi fantasía. He pasado los tormentos del infierno mirando al balcón donde vd. estaba con otro... ¡Y no poderme acercar, y no poder hablar á vd. y sentir que la sangre me ahogaba!... Tenga vd. compasión de mí: dígame vd. que perdona mi atrevimiento, que no me desprecia, y me iré á... morir!

La joven temblaba: dos lágrimas rodaron por sus mejillas, y bajó los ojos.

—Ese silencio, ese rubor, ese llanto me dan la vida, exclamó el joven entusiasmado; ya nada temo en el mundo. Vd. me ama, ¡oh, sí! así me lo figuraba en mis dulces momentos de ilusiones; y no podía ser

de otra manera: cuando un corazón como el mío ama tan frenéticamente, ¿cómo no había de hallar correspondencia en el corazón de la que adora? La Providencia es justa, y siempre da premio á los desgraciados: yo lo he conseguido ya en esas lágrimas que vd. derrama: no quiero más, no deseo más: ya en mi alma no cabe el regocijo. . . . ¡Oh! no trocara este dulce momento por un siglo no interrumpido de placeres! . . .

La joven había enmudecido; hacía tiempo que amaba á D. Julián, sin saber quién fuese, y en su interior se daba el parabién de tenerlo delante y oír de su boca una declaración de amor. Isabel no era de estas mujeres que tienen también su táctica para amar, y que sin sentir ni afición al hombre que les declara su amor, esperan el tener ataque por escrito ó de palabra para dar un "sí" afectado, ó un "yo amo á vd." lánguido y frío, capaz de helar una ascua de hierro.

Julián estrechaba una mano de Isabel y la sentía temblar; se postró á sus piés y besaba continuamente la mano que se le abandonaba; el llanto asomó también á sus ojos: quería hablar, y la respiración le faltaba. Así permanecieron algunos momentos: el joven inclinó la cabeza y cerró los ojos: el placer le agobiaba y pretendía disminuirlo no viendo al objeto de su adoración.

¿Qué le importan al hombre desgracia-

do é infeliz sus padecimientos, si un momento de verdadero regocijo se los recompensa? Injusto es el que se queja de la Providencia: cuando el Señor extiende su mano, el corazón del hombre no tiene las fuerzas suficientes para soportar el premio.

Nuestros dos amantes oyeron ruido como si gente se acerca.

—Alguien viene, exclamó levantándose D. Julián; no hay que perder un momento: que oiga de tu boca que me amas, y estoy pronto á arrostrarlo todo.

Isabel se sonrió, puso ambas manos en su corazón como diciendo: "Aquí has vivido siempre," y se disponía á ausentarse; pero á este tiempo se abrió la vidriera, y apareció un hombre como de treinta años, de bien formada figura, de rostro blanco y ceño de traidor, ojos azules y pequeños. Su vestido era rico y bien entallado.

—¡Oh! fort bien, mademuacela, dijo al entrar: yo no esperaba pas semejante espectáculo en esta camarra: vd. está bien, fuertemente bien con este caballero.

Julián hizo una seña expresiva á Isabel para que se retirara: la joven obedeció á su pesar. Julián se acercó al francés, y le dijo al oído:

—Me ama, y estoy pronto á perder la vida por ella. ¿Tiene vd. armas? ahora mismo podemos salir de aquí sin que nadie lo note.

—¡Oh! no señor, yo no salgo pas desta

meson; vd. tiene carra de bandito, é yo soy un francés honrado y protegido por mi nación, que es poderosa y grande. . . .

—Dejémonos de charlatanerías; ó abandona vd. á Isabel, ó me mata vd. antes de conseguirla.

—¡Oh! yo non quiero matar nadie.

—Pues yo le mataré á vd.

—Yo no sé pas lo que vd. dice: muá yo horá arrepentir vd.

Y al decir estas cuantas palabras, echando espuma por la boca, arrebató una silla con intención de darle á Julián; pero éste con extraordinaria viveza arrebatósela, tiroía lejos de sí, y con ambas manos oprimía el cuello de Le Braconier.

A los ahogados gritos de éste, y al ruido que habían hecho con la silla, se agolpó toda la gente de la casa, y, para mayor desgracia de Julián, llegó D. Santiago Ursua, quien sin más información que saber había insultado aquel hombre á su futuro yerno, le mandó al momento á la cárcel.

III.

UNA ESCENA EN LA PRISIÓN.

Entregado á profundas meditaciones estaba D. Julián, cuando se abrió la puerta de su prisión y se presentó Doña Joaquina.

—¡Ah, madre mía! exclamó Julián al descubrirla, ¿conque tengo la dicha de ver-

la á vd., de estrecharla en mis brazos? Al fin se me concede este consuelo: no son tan crueles mis enemigos como yo creía.

—Julián, querido Julián, dime qué has hecho: ¿por qué estás aquí? ¿cuál es la causa? Yo no pensé jamás que me dieras semejante disgusto.

—Todo mi delito es amarla, amarla con pasión.

—¿A quién?

—Y como soy un infeliz, prosiguió D. Julián con aparente calma, se me trata de esta manera; pero han olvidado al escarabajo de la fábula: yo me sabré vengar. . . .

—¿Qué estás diciendo, hijo mío?

—¡Madre! . . . ella me ama, y quiere vd. que la deje en manos de otro! . . . Cuando tan inícuamente me trajeron á esta prisión, nadie tomó mi defensa, nadie se interesó en mi suerte, sólo ella! . . . Yo escuché aquel grito penetrante que lanzó, yo la ví caer desmayada. . . . ¡Ah! ¡qué dulce es el ver que la mujer á quien uno ama toma interés en nuestra desgracia. . . .

—¿Pero quién es ella, hijo mío? Habla: sácame de esta duda que me atormenta.

—Es una mujer á quien un año ha que adoro y que sigo á todas partes: su padre, D. Santiago Ursua, es rico, poderoso. . . .

—¡Dios mío!

—Su padre es quien me ha puesto en esta prisión, porque amo á su hija, porque

desafíe al cobarde francés mi rival... ¡ Ah! madre mía, ¡ qué desgraciado soy!... Pero al fin he de salir de esta cárcel donde se me ha encerrado como á un criminal, al fin me veré libre como el león, y entonces...

—¿Qué estás pensando, hijo mío? interrumpió Doña Joaquina, ¿qué delirios son estos? ¿Quieres exponer tu vida y dejarme á mí y á mi pobre hija en la indigencia?... He perdido á mi Dorotea, ¿y quiéres que te pierda á tí?....

—¡ Oh! ¡ maldita sea la miseria! exclamó D. Julián; no poder el hombre infeliz ni siquiera disponer de su vida!... ¡ Y tener que contemplar á Isabel en los brazos de mi rival!... ¡ y no poder desplegar los labios!... ¡ Oh! no... Dios mío, alumbrá mi mente y dá fuerza á mi corazón....

Así diciendo cruzó los brazos y bajó la cabeza como resuelto á sufrir el peso de su desgracia. Doña Joaquina lo hizo sentar y se sentó ella también; le abrazó, y le habló en estos términos:

—Una alma como la tuya, Julián, cuando llega una vez á amar, ama con ardor, con frenesí; pero también una alma como la tuya, tiene bastante generosidad y fortaleza para desechar un amor sin esperanza. Saldremos de México, hijo mío; los pobres están bien en cualquiera parte, porque en todas partes padecen, y porque con el sudor de su rostro en cualquier lugar ha-

llan su sustento; la ausencia y el tiempo borrarán de tu corazón la imagen de la que amas, y acaso lucirá el día de nuestra dicha: ¿qué, siempre hemos de ser desgraciados? Sólo el criminal no tiene esperanza de consuelo, porque su mal va eternamente encadenado á su conciencia. Háblame, Julián: ¿no me respondes?....

El joven parecía revolver en su imaginación mil proyectos atrevidos: unas veces daba á su fisonomía un aspecto risueño, otras arrugaba las cejas y tomaba un aire sombrío, á veces se ponía pálido como un cadáver.

—¿En qué piensas hijo mío? le preguntaba Doña Joaquina, ¿qué ideas se agitan en tu cabeza? me haces temblar: vuelve en tí y arranca de mi corazón esta espina que me da la muerte.

Julián nada respondía, nada escuchaba: la meditación absorbía todos sus sentidos; al fin se levantó diciendo:

—Estoy resuelto: ya la esperanza desvaneció las nubes de mi mente: madre mía, ya estoy tranquilo y pronto á seguir á vd. Vamos.

Y hablando así se dirigió á la puerta con pasos apresurados; pero se detuvo repentinamente dándose una palmada.

—¡ Maldita sea mi suerte!... estoy preso... ¡ Quién se acordaba!... ¿ Pero he de estar aquí eternamente?... No, y mi esperanza se cumplirá alguna vez.... Fe-

ro ¿y mi madre?... la miseria.... ¡Oh! esto es mucho sufrir: ya mi corazón no puede soportar tantos pesares....

Quedó inmóvil fijando los ojos en tierra, y calló: sus manos desgarraban el vestido que cubría su seno, y feroz sonrisa agitaba sus labios. La señora lloraba, y el aire era demasiado sutil para que bastara á su respiración. Al cabo rompió el silencio, y habló de esta manera á su hijo:

—Julián, no desesperes; volaré á hincarme á los piés del que te ha aprisionado: no será tan cruel, ni la justicia de México tan bárbara que no te me devuelvan al instante; pero prométeme olvidar á la que amas....

—¡Olvidarla! ¿Y vd. cree que yo pudiera olvidarla?... Pero estoy resuelto á alejarme de ella: mi pobreza lo requiere así....

Comenzó á pasarse con grande agitación y apresuradamente por la estancia que le servía de cárcel, y luego se acercó á Doña Joaquina.

—Madre mía, la dijo con cierto aire de reserva, es preciso que vd. me escuche, es preciso que vd. tenga conocimiento del proyecto que he formado en mi imaginación. Voy á hacer el último esfuerzo, voy á trabajar sin descansar un sólo instante para adquirir la hacienda necesaria para la subsistencia de vd.; y cuando ya vd. no necesite de mí, cuando todo lo deje arreglado pa-

ra mi largo viaje, me entregaré á mi destino, y beberé la sangre de ese francés, ó él beberá la mía....

—¡Calla, Julián! ¡calla! ¿Qué proyectos abrigas en tu corazón?

—Estoy resuelto; no quiero que vd. le pida favor ninguno á D. Santiago, porque sería una infamia pagarle con la sangre de su yerno á quien ama tanto.

—Tú pierdes la razón, Julián: desecha esas ideas. Voy á hacer lo posible por salvarte: mi corazón me dice que lo conseguiré, pero no me pagues con un disgusto: ¿me lo prometes?

—No; nunca prometo lo que no he de poder cumplir.

—Pues entonces haz de cuenta que no tienes madre, contestó Doña Joaquina enjugándose las lágrimas; moriré de una pesadumbre, y tú me asesinarás. ¡Adiós! ya no tengo hijo, ya no tienes madre....

—Cuando salga yo de esta prisión nos volveremos á ver, madre mía.

—Somos solas en el mundo yo y mi hija, y dos mujeres en cualquiera parte se ocultan.

—¡Qué oigo! ¡vd me abandona!

—Para siempre.

—¡Oh! no: la seguiré á vd. hasta el fin del mundo.

—No será fácil que me encuentres.

—¿Y tendrá vd. tanta crueldad?

—La misma que tienes tú.

—¡ Oh! ¡ Dios mío! ¡ Dios mío! esto es mucho padecer!

—Resuélvete, dijo Doña Joaquina saliendo de la prisión.

—No puedo.

—Pues adiós.

—¿ Se va vd.? exclamó Julián lleno de inquietud.

—¡ Adiós! fué la única respuesta de Doña Joaquina, y salió precipitadamente.

Julián no pudo resistir: vaciló un instante, tembló, se cubrió el rostro, y al fin se lanzó rápidamente á la puerta gritando con voz apagada:

—Estoy pronto, madre mía: renuncio para siempre á Isabel, renuncio para siempre la venganza!

Doña Joaquina volvió corriendo y le recibió en sus brazos: Julián no pudo sostenerse, las fuerzas le faltaron, y sin aliento cayó de rodillas en el suelo.

IV.

EL PERDÓN Y EL AGRAVIO.

Sentada estaba Isabel en una silla junto al balcón, ocupada en bordar, cuando llamaron á la puerta-vidriera del corredor.

—¡ Adentro! gritó con dulce voz; y apareció en el instante una señora como de

cuarenta años: en su rostro, que demostraba haber sido hermoso en la juventud, se veía retratada la desgracia; el vestido que la cubría era un túnico, aunque de género tosco, bastante limpio, y un "rebozo" de algodón y seda.

—Pase vd. á sentarse, señora, díjola Isabel.

—Muchas gracias, señorita, contestó la recién venida; aceptando la oferta. ¿ El Sr. D. Santiago está en casa?

—Sí señora, ahí está, voy á avisarle; ¿ el nombre de vd.?

—No me conoce, señorita, y así es en vano decirle mi nombre; pero luego dará en el objeto de mi visita cuando sepa que soy la madre de Julián, á quien puso ayer en una prisión.

—¡ De Julián! exclamó Isabel soltando la aguja de las manos; ¡ de Julián! repitió á poco después ya bañado su rostro en llanto.

—Parece que toma vd. mucha parte en la suerte de mi hijo. ¿ Sería vd por ventura?

—¡ La misma! interrumpió Isabel rápidamente y sin saber lo que decía; y poco después: Vd. perdone... no sé lo que me digo... ¡ Ah, Dios mío!... Voy á avisar á papá...

—Ya veo que tengo delante, se atravesó Doña Joaquina, á la señorita que mi hijo tuvo la imprudencia de amar, sin poner en consideración que vd. es rica y él un infeliz;

pero no volverá á molestar á vd., me lo ha prometido así.

—¡ Lo ha prometido ! ¿ Está vd. cierta de que lo ha prometido ?

—Sí, no volverá á verla á vd. nunca, ni á turbar su tranquilidad.

—¡ Nunca ! . . . ¡ Mi tranquilidad ! . . . murmuró Isabel entre sollozos, y se dirigió maquinalmente al gabinete de su padre.

A poco rato salió, introdujo á Doña Joaquina, y se sentó á bordar, ó más bien á hacer que bordaba, porque su distracción era extremada para que pudiese parar su imaginación en el bastidor.

Pasádose había como una media hora, cuando oyó la voz de su padre que decía :

—Vaya vd., señora, y no me replique.

—Pero, señor, suplico á vd. que nos deje ir en paz, Julián no volverá á darle á vd. ningún disgusto.

—Dígole á vd. que lo quiero ver aquí, que quiero reñirle como merece, que quiero decirle yo mismo que á no ser por las lágrimas de vd., que me parece una honrada señora, no le tengo en la cárcel un siglo, y que le doy la libertad con la condición de que se ha de corregir, porque si no. . . . Bonito soy para semejantes travesuras.

—Muy bien, señor D. Santiago, todo eso le diré.

—Yo mismo quiero decírselo : ¿ me entiende vd. ? Dentro de una hora ya está vd. de vuelta con su sobrino.

Y diciendo y haciendo empujó á Doña Joaquina y cerró la puerta de su gabinete.

La pobre señora inclinó la cabeza y se resolvió á hacer lo que D. Santiago le mandaba. Había obtenido el perdón de su hijo adoptivo, y sin embargo, todavía le esperaban muchas desgracias. Era una imprudencia llevar á D. Julián á aquella casa, pero D. Santiago era tonto, y los tontos siempre siguen el camino contrario á la razón.

Fuése Doña Joaquina y volvió dos horas después con D. Julián ; pero deseando que no viese á Isabel, le dijo que se esperara en el corredor mientras ella iba á buscar á D. Santiago. Entró á la sala, no vió á nadie, y esperó gran tiempo á que alguno de la casa apareciera y avisase su llegada á Ursua.

Entre tanto Isabel, que sabía que su amante había de ir á su casa, le esperaba ansiosa en otra pieza : Julián la vió, y voló al instante á donde estaba.

—Segunda vez me miras en tu presencia, Isabel, por última quizá ; es preciso que te abandone ; el destino lo quiere así.

Ambos amantes bajaron los ojos ; ambos lloraban : Julián continuó un momento después de esta manera :

—Tú eres la única mujer que he amado, la única que podré amar en mi vida . . . Me espera una vida de tormentos, ó más bien, me espera una muerte desesperada . . .

pero no volverá á molestar á vd., me lo ha prometido así.

—¡Lo ha prometido! ¿Está vd. cierta de que lo ha prometido?

—Sí, no volverá á verla á vd. nunca, ni á turbar su tranquilidad.

—¡Nunca!... ¡Mi tranquilidad!... murmuró Isabel entre sollozos, y se dirigió maquinalmente al gabinete de su padre.

A poco rato salió, introdujo á Doña Joaquina, y se sentó á bordar, ó más bien á hacer que bordaba, porque su distracción era extremada para que pudiese parar su imaginación en el bastidor.

Pasádose había como una media hora, cuando oyó la voz de su padre que decía:

—Vaya vd., señora, y no me replique.

—Pero, señor, suplico á vd. que nos deje ir en paz, Julián no volverá á darle á vd. ningún disgusto.

—Dígole á vd. que lo quiero ver aquí, que quiero reñirle como merece, que quiero decirle yo mismo que á no ser por las lágrimas de vd., que me parece una honrada señora, no le tengo en la cárcel un siglo, y que le doy la libertad con la condición de que se ha de corregir, porque si no... Bonito soy para semejantes travesuras.

—Muy bien, señor D. Santiago, todo eso le diré.

—Yo mismo quiero decírselo: ¿me entiende vd.? Dentro de una hora ya está vd. de vuelta con su sobrino.

Y diciendo y haciendo empujó á Doña Joaquina y cerró la puerta de su gabinete.

La pobre señora inclinó la cabeza y se resolvió á hacer lo que D. Santiago le mandaba. Había obtenido el perdón de su hijo adoptivo, y sin embargo, todavía le esperaban muchas desgracias. Era una imprudencia llevar á D. Julián á aquella casa, pero D. Santiago era tonto, y los tontos siempre siguen el camino contrario á la razón.

Fuése Doña Joaquina y volvió dos horas después con D. Julián; pero deseando que no viese á Isabel, le dijo que se esperara en el corredor mientras ella iba á buscar á D. Santiago. Entró á la sala, no vió á nadie, y esperó gran tiempo á que alguno de la casa apareciera y avisase su llegada á Ursua.

Entre tanto Isabel, que sabía que su amante había de ir á su casa, le esperaba ansiosa en otra pieza: Julián la vió, y voló al instante á donde estaba.

—Segunda vez me miras en tu presencia, Isabel, por última quizá; es preciso que te abandone; el destino lo quiere así.

Ambos amantes bajaron los ojos; ambos lloraban: Julián continuó un momento después de esta manera:

—Tú eres la única mujer que he amado, la única que podré amar en mi vida... Me espera una vida de tormentos, ó más bien, me espera una muerte desesperada...

una muerte entre maldiciones y blasfemias... una eternidad digna del fin que me cupo en suerte. ¿Pero sabes tú lo que es amor, Isabel? ¿Sabes que el amor es una serpiente que roe sin cesar el corazón del hombre apasionado?... ¿Sabes que la pasión es una mano de hierro que aprieta nuestro corazón?... He tenido un sólo instante de placer: cuando tus acciones me indicaron que me amabas... ¿Y de qué me sirvió este instante? de hacer más crueles los pesares que habían de apiñarse después en mi alma.

—¿Y no hay remedio á nuestros males? exclamó Isabel.

—Le habría, contestó Julián; si tú quisieras reducirte á mi pobreza.

—Estoy pronta.

—Si tú quisieras seguirme, huir...

—¡Jamás!

—Hablas como discreta: he aquí la respuesta que yo esperaba: "¡jamás!" Así son todas las mujeres: creen hacer mucho con decirnos que nos aman, con decir un "sí," tal vez sacrilego, delante de los altares, con dirigirnos una falsa y aleve sonrisa en premio del trono que les erigimos en nuestro corazón; y piensan con esto hacer un gran esfuerzo, y piensan que nos hicieron un gran favor porque su tocador les dice que son hermosas, porque sus oídos les dicen que tienen una voz de ángel... ¿Y qué valen todos los sacrificios hechos por ellas?

Un trozo de pan que arrebatamos de la boca á nuestra madre para ofrecerlo á la que adoramos, el sudor de nuestra frente, la tranquilidad de toda nuestra vida, la humillación en tolerar á hombres á quienes daríamos con la punta del pie si no tuviéramos necesidad de ellos para que no perezca de hambre la que hemos elegido para esposa, la palabra solemne dada á una madre de no volver á buscar á la que amamos, palabra que quebrantada deshonra... el agravio que hacemos al que nos ha perdonado... ¡Todo esto, nada vale!... y se miran estos sacrificios como una cosa despreciable, como un vaso de barro ofrecido á un rey...

—¡Oh Julián, Julián! exclamó la joven, ¡qué placer tan inícuo es el de despedazar el corazón de una infeliz! ¿Y me quieres confundir con las demás mujeres? ¿Y piensas que mi corazón es frívolo y no conoce el verdadero amor? En tu delirio olvidas que el honor es el norte de una mujer: yo, aunque joven, conozco mis deberes, y sé que la más ligera mancha ofusca el brillo del alma más pura: el mundo sólo ve lo exterior, nunca penetra los corazones.

—¡El mundo! ¿y qué nos importa el mundo? Si estoy satisfecho de tí, si tú lo estás de mí, ¿qué importan los demás hombres? ¿Habríamos, por ventura, de pensar un solo momento en el "¿qué dirán?" del mundo, cuando él huella á la virtud y en-